



## APROXIMACIÓN AL PAPA FRANCISCO

*Por Alberto Rodríguez Varela*

*18 de junio de 2013*

<http://www.aica.org/documentos-s-T3Ryb3MgZG9jdW1lbnRvcw==2177>

### **Disertación de Alberto Rodríguez Varela en el Jockey Club de Buenos Aires**

**(13 de junio de 2013)**

#### **I) Introducción**

Con motivo de la renuncia de Benedicto XVI y de la elección de Francisco como nuevo sucesor de San Pedro se han publicado informes y opiniones que revelan, a veces, un cierto desconocimiento de la naturaleza de la autoridad papal, de su ámbito de competencia y de los límites de su magisterio. Por eso, antes de aproximarme a la persona del nuevo Obispo de Roma, considero oportuno formular muy sintéticamente algunas reflexiones sobre el ámbito en el que se desenvuelve la actuación del pontificado con base en un marco doctrinal que reconoce un background de dos mil años, a partir de la prédica del Evangelio, con raíces que se extienden, a través de la Historia del pueblo de Israel, hasta Abraham, nuestro Padre en la Fe.

En primer lugar es importante puntualizar que el rol espiritual del Papa no es equivalente al que cumplen en el plano temporal monarcas, presidentes o primeros ministros. El Concilio Vaticano II, en el documento *Gaudium et Spes*, puntualizó que “la misión propia que Cristo confió a la Iglesia no es de orden político o social. El fin que le asignó es de orden religioso.”

La Iglesia –agrega el mismo Concilio- “no se confunde en modo alguno con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno”.

En síntesis, cuando la Iglesia juzga sobre cuestiones políticas, sociales o económicas, no lo hace abordando los problemas con criterio técnico sino desde una perspectiva moral.

Por ello, a la Iglesia le preocupan, entre otras cuestiones morales, el materialismo, la pérdida de la visión trascendente del hombre, la sed de poder absoluto, el egoísmo, la codicia, el desconocimiento del orden natural, las diversas idolatrías contemporáneas, el terrorismo, el racismo, la negación de los derechos de la persona humana, las campañas opresivas contra la natalidad, en fin, todo lo que desde una perspectiva moral condiciona o traba el genuino desarrollo humano, entendido no como un simple incremento de bienes sino como crecimiento integral del hombre, creado a imagen y semejanza del Altísimo, con vocación de trascendencia y eternidad.

La Iglesia no tiene “modelos económicos o políticos”, ni propone una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo. El fin de la Doctrina Social de la Iglesia -subraya la Encíclica *Centesimus Annus*- es la atención del hombre, que es la única creatura que Dios ha querido por sí misma. “No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico, se trata de cada hombre, porque a cada uno llega el misterio de su redención”.

Juan Pablo II, como sus antecesores desde León XIII hasta Pablo VI, y su sucesor Benedicto XVI, se mostraron siempre a través de sus documentos muy cuidadosos en la observancia de los límites de la Doctrina Social de la Iglesia. Todo su magisterio es incompatible con el cesaropapismo, entendido como intromisión de la potestad temporal en lo que es privativo de la Iglesia. Pero también es adverso a cualquier versión papacesarista que configure una invasión del pontificado en el ámbito técnico de la política o de la economía, ajeno, como principio, a la competencia moral y religiosa de la Iglesia. El Papa polaco tuvo muy clara la distinción entre lo que es del Cesar y lo que pertenece a Dios. Estuvo alerta, asimismo, ante las tentaciones que



empujan hacia un secularismo horizontal o a una hipertrofia de lo espiritual. La Iglesia –escribió en Centesimus Annus- “no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional”. La aportación que ella ofrece en éste sentido es precisamente “el concepto de dignidad de la persona, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo Encarnado”. Insiste, por eso, en que la Doctrina Social de la Iglesia debe interpretarse como “un capítulo de la teología, especialmente de la teología moral”.

“La raíz del totalitarismo moderno –expresa ese documento- hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social, la nación o el Estado. No puede hacerlo tampoco la mayoría del cuerpo social oponiéndose en contra de la minoría, marginándola, oprimiéndola, explotándola o incluso intentando destruirla.”

En el mismo sentido, la Doctrina Social de la Iglesia enseña que “en el ámbito político se debe constatar que la veracidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados; la transparencia en la administración pública; la imparcialidad en el servicio de la cosa pública; el respeto de los derechos de los adversarios políticos; la tutela de los derechos de los acusados contra procesos y condenas sumarias; el uso justo y honesto del dinero público; el rechazo de medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener o aumentar a cualquier costo el poder, son principios que tienen su base fundamental –así como su urgencia singular- en el valor trascendente de la persona y en las exigencias morales objetivas de funcionamiento de los estados. Cuando no se observan estos principios –advertía Juan Pablo II- se resiente el fundamento mismo de la convivencia política y toda la vida social se ve progresivamente comprometida, amenazada y abocada a su disolución”

Los documentos pontificios han sido también insistentes en la defensa de principios bioéticos que conciernen al individuo, a la familia, al ejercicio de la medicina y a la naturaleza del matrimonio. Entre ellos figura la defensa irrestricta del principio según el cual configura siempre un acto ilícito provocar la muerte, de modo directo, de un ser humano inocente. Este precepto no es sólo de carácter religioso (5° mandamiento recibido por Moisés en el Monte Sinaí) sino que deriva de la ley natural que puede ser conocida y debe ser observada por todos los hombres de buena voluntad. El principio de la sacralidad de la vida inocente ampara, especialmente, a quienes se encuentran transitando las etapas más frágiles de la existencia humana, antes del nacimiento, y también cuando se vislumbra la inexorable llegada de la muerte natural. Sobre estas grave cuestiones hay dos documentos esenciales que sintetizan los principios bioéticos de mayor gravitación para nuestro tiempo: la Instrucción *Donum vitae* del entonces Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fé, Cardenal Joseph Ratzinger, quien asumió después el pontificado como Benedicto XVI, y la Encíclica *Evangelium vitae* de Juan Pablo II.

## II) El Papa Francisco

Hemos efectuado la breve introducción que antecede para destacar, en forma por demás sintética, cómo los principios de ética familiar, social, política y económica definidos por el pontificado a lo largo del tiempo no son nuevos porque tienen dos mil años, a los que debemos sumar los que corresponden a las raíces judías del Cristianismo. Lo que han hecho los Papas a lo largo de los siglos, y sobre todo a partir de León XIII, es extraer nuevas consecuencias de esos principios morales con el objeto de examinar desde perspectivas éticas las situaciones y desafíos que plantean las cuestiones sociales, familiares, políticas y económicas ante el impresionante desarrollo científico y tecnológico, la creciente conciencia que tienen los seres humanos de su propia dignidad, la interdependencia entre todos los hombres como consecuencia de la globalización y, en cierto modo, del empequeñecimiento del planeta por la expansión de los medios de transporte y de comunicación.



Francisco, al asumir el Pontificado, recibió sin beneficio de inventario esa masa doctrinal a la que guardó indiscutible fidelidad a lo largo de las diversas funciones que desempeñó en la Iglesia como sacerdote jesuita, Provincial de la Compañía fundada por San Ignacio, Obispo auxiliar y vicario general hasta culminar como Arzobispo de Buenos Aires. Son breves pero representativas de esta posición las palabras que pronunció en la homilía de la Misa de Ramos, el domingo 25 de marzo ppdo.: “queridos amigos –dijo el Papa- también yo me pongo en camino con ustedes, sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI”. La opción no podría ser más clara porque Juan Pablo II hizo en sucesivas encíclicas y documentos diversos una verdadera recapitulación de la Doctrina Social de la Iglesia, abarcando prácticamente todos los temas desarrollados por sus antecesores. En cuanto a Benedicto XVI, fue tal vez el colaborador más valioso de Juan Pablo II en ese notable trabajo intelectual y apostólico, y después, durante los ocho años de su pontificado, fue un continuador de la ruta trazada por su predecesor. La línea del magisterio de Francisco quedó, por tanto, claramente expuesta al anunciar en la Misa de Ramos que iniciará su camino sobre las huellas de sus dos predecesores. Podrá profundizar ese magisterio o extraer nuevas consecuencias a la luz del siempre cambiante panorama contemporáneo, pero –contra lo que algunos suponen, sobre todo en materia bioética- no va a alterar una letra de ningún principio moral. Por lo demás, el Papa no tiene facultades para derogar o modificar el 5° mandamiento del Decálogo que prohíbe matar de modo directo a una persona inocente que se encuentra en el claustro materno o en cualquier laboratorio de inseminación artificial, ni para alterar la naturaleza del matrimonio que sólo pueden celebrar un hombre y una mujer. Tampoco, obviamente, para convalidar la píldora del día después, como lo han imaginado algunos periodistas.

El impacto que ha causado el nuevo Papa al ser presentado ante la multitud reunida en la plaza y la adhesión que ha suscitado en los cinco continentes, tanto por parte de los pueblos como de sus gobernantes, no hay que buscarla en la imposible abolición de principios morales. Pienso que lo que ha impresionado al mundo son las actitudes, los gestos y los signos que exteriorizó desde el instante mismo en que asumió la pesada carga del pontificado, cuando advirtió a los cardenales electores que aceptaba a pesar de reconocer, con humildad, que era un pecador. Seguidamente se asomó al balcón con una simple sotana blanca y la cruz pectoral que usó como titular de la arquidiócesis de Buenos Aires, y dirigiéndose a la multitud reunida en la plaza de San Pedro la saludó con un cálido ¡buenas noches!, pidió que todos oraran por su predecesor Benedicto XVI, y solicitó, antes de impartir su primera bendición, que previamente el pueblo rezara para que Dios bendiga al nuevo Obispo de Roma, a quien el cónclave fue a buscar al fin del mundo. Así finalizó esa breve aparición, cargada de sencillez y desprovista de toda pompa.

Con palabras simples, el sucesor de San Pedro n° 266 inició un diálogo con la gente que prosiguió y se amplió en los días siguientes, acompañado de actitudes como detener el jeep en el que se desplazaba para bajar e impartir una bendición especial a un parapléjico yacente al borde del camino, o para besar bebés que las madres, de una u otra forma, conseguían que llegaran hasta los brazos del Papa.

Causaron también impresión en todo el mundo la humildad y austeridad que mostró Francisco desde el comienzo, así como el lugar que reconoce en la Iglesia, por derecho propio, a los más desposeídos e indigentes, a los que tienen hambre o sed, los pobres de toda pobreza, los enfermos, los presos, los más pequeños, los más despreciados. Su cuidado y evangelización han sido el timbre de honor de los seguidores de Jesucristo.

En la catequesis del 24 de abril recordó a todos que “Dios nos juzgará por la Caridad”. Puntualizó, asimismo que “la espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción. Nosotros somos el tiempo de la acción, tiempo para sacar provecho de los dones de Dios, no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los otros, tiempo para tratar siempre de hacer crecer el bien en el mundo. Y sobre todo hoy, en este tiempo de crisis, es importante no encerrarse en sí mismos,



enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, tener cuidado de los demás”.

En la misma catequesis, al evocar el escenario del último juicio que describe San Mateo en su Evangelio con la imagen del pastor que separa las ovejas de las cabras, Francisco advirtió que “a la derecha están los que han actuado de acuerdo a la voluntad de Dios, que han ayudado al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado, al extranjero... Mientras que a la izquierda están los que no han socorrido al prójimo...”

**Quienes conocen al Papa saben que la acción pastoral en beneficio de los más carenciados ha sido su norma de vida. En la arquidiócesis de Buenos Aires, dedicó especial atención a la población de las villas de emergencia asentadas en su territorio, encomendando a treinta sacerdotes la misión de atenderlas y evangelizarlas, sin perjuicio de su presencia periódica entre los villeros, y sin necesidad de recurrir a ningún extremismo ideológico y menos todavía a trasnochadas ideas de violencia.** Además, cuando procura despojar al pontificado de pompas y costumbres que pudieron ser adecuadas para épocas pretéritas, pero que hoy cargan con una cuota de anacronismo, está observando rigurosamente el voto de pobreza al que siempre se sujetó como jesuita, incluso cuando fue obispo auxiliar y aún arzobispo, declinando comodidades legítimas de transporte y vivienda para ajustarse a un estilo de vida austero y pobre, casi monacal. Además, el nombre del Santo de Asís, inédito en la historia de los Papas, que adoptó para su pontificado, es otro signo de la significación que acuerda a la pobreza evangélica.

El estilo llano y directo de Francisco fue parte de esa “revolución de austeridad y humildad” que estalló a partir de su elección. El periodismo ha informado que al día siguiente declinó el uso de la limousina papal para desplazarse hasta Santa María la Mayor en un ómnibus con los demás cardenales, concurrió personalmente a pagar el albergue en el que se había alojado, prescindió del trono papal al saludar luego de electo a los cardenales y los instó a vivir de modo irreprochable.

En la misa que celebró el 15 de marzo ante más de 150 cardenales a quienes llamó nuevamente “hermanos”, evocó “con gran afecto y profunda gratitud” a su predecesor Benedicto XVI. Los exhortó a no dejarse vencer por el pesimismo, “por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día”. Y agregó algo que concierne a los integrantes de este Senado del Jockey Club: “queridos Hermanos –dijo el Papa- ¡ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es – me gusta decirlo así- la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber avanzado en la vida, como el anciano Simeón o la anciana Ana en el templo. Y justamente esa sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes como el vino bueno, que mejora con los años...”

El 16 de marzo, ante 6.000 periodistas de 81 países, en un estilo siempre llano les explicó los motivos que tuvo para adoptar su nombre. “Para mí –dijo- Francisco es el hombre de la paz. Y así, me salió el nombre en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación...” Agregó más adelante que la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: “Es –afirmó- el pueblo de Dios”. Señaló, asimismo, a los asistentes que el periodismo “implica una atención especial respecto de la verdad, la bondad y la belleza, y esto nos hace particularmente cercanos, porque la Iglesia existe precisamente para comunicar esto: la verdad, la bondad y la belleza en persona”. Añadió que “debería quedar muy claro que todos estamos llamados no a mostrarnos a nosotros mismos, sino a comunicar esta tríada existencial que conforman la verdad, la bondad, la belleza”. Al terminar, les dijo: “Muchos de ustedes no pertenecen a la Iglesia Católica, otros no son creyentes. De corazón, doy la bendición en silencio a cada uno de ustedes, respetando la conciencia de cada uno, pero sabiendo que cada uno de ustedes es hijo de Dios. Que Dios los bendiga”.

El 17 de marzo, al rezar ante 150.000 personas el primer “Angelus” de su pontificado, expresó que sentir misericordia es lo mejor que le puede pasar al ser humano: “Un poco de misericordia hace



el mundo menos frío y más justo. Necesitamos entender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta paciencia”. Más adelante elevó el tono de su exhortación diciendo: “Hermanos y hermanas, el rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Pensaron ustedes en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Esa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver con él con el corazón contrito”. Remarcó su mensaje diciendo: “No olvidemos nunca esta palabra: Dios nunca se cansa de perdonarnos, ¡nunca!”. Y se pregunta después: “¿Cuál es el problema?. El problema es que nosotros nos cansamos, nosotros no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él nunca se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón”

Del mismo tenor es el mensaje que transmitió en directo a los miles de congregados en la Catedral de Buenos Aires y en la Plaza de Mayo, en la madrugada del 19 de marzo, antes de la misa de asunción del pontificado. “Les quiero pedir un favor –dijo el Papa-: caminemos todos juntos, cuidémonos unos a los otros, cuidense entre ustedes, no se hagan daño; ¡cuidense! Cuiden la vida, cuiden la familia, cuiden la naturaleza, cuiden los niños, cuiden a los viejos. Que no haya odio, que no haya peleas. Dejen de lado la envidia y no le saquen el cuero a nadie; dialoguen, vayan creciendo en el corazón y acérquense a Dios”.

El mismo 19 de marzo, ante un auditorio de 200.000 personas y líderes de 132 países, lanzó al mundo convulsionado por diversas guerras locales y peligros de escalada en la confrontación, un mensaje de paz y concordia. A los gobernantes presentes en la celebración les recordó que “el odio, la envidia y la soberbia ensucian la vida”.

No fue menos importante lo que expresó sobre el modo de ejercer el poder, sea temporal o espiritual, indistintamente. Con firmeza, Francisco efectuó la siguiente recomendación, válida sobre todo para quienes ejercen funciones de gobierno. “Nunca olvidemos –dijo- que el verdadero poder es servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio. Debe poner sus ojos en el servicio humilde y abrir los brazos para custodiar al pueblo de Dios y recibir con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente los más pobres, los más débiles, los más pequeños”. Entre estos últimos se encuentran, obviamente, los niños antes de nacer. Fue esta una preocupación de Francisco permanente a lo largo de su trayectoria sacerdotal. En reiteradas ocasiones exteriorizó su compromiso con la defensa de la vida de los más débiles, tanto en el comienzo, cuando se encuentran en el claustro materno, como en su ocaso, cuando están próximos a su encuentro con el Señor. Friday Fax, en su edición digital del 17 de mayo, recordó que en una oportunidad el hoy Obispo de Roma llegó al extremo de exhortar a la defensa de los no nacidos a pesar de que “los persigan, los calumnien, les metan trampas, los entreguen a los tribunales o los maten. No tiene que haber un solo chico que no tenga derecho a nacer...”

Acorde con tales antecedentes, el 13 de mayo, durante el Regina Coeli, la oración mariana que reemplaza al Angelus después de Pascua, Francisco habló ante una multitudinaria “Marcha por la vida” y exhortó a sus integrantes a “mantener viva la atención de todos sobre el tema del respeto de la vida humana desde la concepción”. Dio también su apoyo a una iniciativa europea denominada “Uno de Nosotros”, que tiene por objeto “garantizar la protección jurídica del embrión, tutelando cada ser humano desde el primer instante de su existencia”

**No parece razonable que pretendamos –como algunos periodistas lo han intentado- escribir hacia el futuro la agenda del Papa. Pero tampoco nos equivoquemos asignando relevancia dominante a algunos aspectos que en los medios frecuentemente se destacan.** Es importante lo que resuelva en la organización interna de la Curia romana y del ente que tiene a su cargo las finanzas de la Santa Sede. También la tiene, por cierto, la conveniencia de subrayar la severidad con que se debe actuar ante cualquier atisbo de Inconducta sexual. Sobre el punto el Papa recomendó al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Monseñor Gerhard Ludwig Muller, que “actúe con decisión en todo lo que se refiere a los casos de abuso sexual,



promoviendo ante todo las medidas de protección de los menores, ayuda para los que en el pasado han sufrido violencia, las medidas debidas hacia los culpables, el compromiso de las conferencias episcopales en la formulación y actuación de las directrices necesarias en este ámbito tan importante para el testimonio y la credibilidad de la Iglesia”

Sin mengua de la relevancia de estos temas, pensamos que quizá lo que marque el eje del pontificado de Francisco sea la búsqueda incesante de la paz, la concordia, la reconciliación y el perdón, en un mundo flagelado por terribles conflictos bélicos, internos y externos, encarnizadas guerras tribales en África, una sangrienta guerra interna en Siria, enfrentamientos todavía no superados en Tierra Santa, violencia endémica en Colombia, enfrentamientos muy duros en Venezuela, amenazas nucleares en Corea del Norte y muchos otros conflictos internos y externos que al finalizar las contiendas dejan una estela de resentimientos, odios, destrucción de la convivencia, y sed de revanchas, sentimientos malsanos que los estadistas deberían empeñarse en extirpar.

Para los contendientes enfrentados en diversas latitudes del planeta, Francisco ha dirigido reiterados mensajes de paz.

A título meramente enunciativo recordaremos algunos casos –entre otros- que nos traen los informativos pontificios:

En primer lugar mencionaré el conflicto entre el Estado de Israel y el pueblo palestino, que a lo largo de sesenta y cinco años se ha desarrollado con picos de guerra y gravísimos episodios que han impedido establecer un régimen de pacífica convivencia. En el trasfondo del problema están la Ciudad de Jerusalén y los demás lugares bíblicos, venerados por judíos, cristianos y musulmanes. Por momentos parecería un conjunto de problemas de imposible solución. Sin embargo, Francisco, al recibir el 30 de abril al Presidente del Estado de Israel, Shimon Peréz, trató con él la posibilidad de que se reanuden las negociaciones entre israelíes y palestinos para que, con decisiones valientes y disponibilidad de ambas partes, así como con el apoyo de la comunidad internacional, se pueda llegar a un acuerdo que respete las legítimas aspiraciones de los dos pueblos, y así contribuir decididamente a la paz y la estabilidad de la región.

Ante el grave conflicto interno de Venezuela, con muertos y heridos, el 21 de abril, después de rezar el “Regina Coeli” ante una multitud de aproximadamente cien mil personas, Francisco manifestó su “viva preocupación” y pidió “vías justas y pacíficas para superar el momento de grave dificultad que el país está atravesando”. Además invitó al pueblo venezolano, y en modo especial a los responsables institucionales y políticos, “a rechazar con firmeza cualquier tipo de violencia”. “Pido a los creyentes –añadió el Papa- que recen para trabajar por la reconciliación y la paz”. Finalmente, reclamó iniciar un diálogo “basado sobre verdad y reconocimiento mutuo, en la búsqueda del bien común y en el amor a la nación”

El 13 de mayo el Santo Padre recibió al Presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, en su estudio privado del palacio apostólico. El cable indica que hablaron “de la necesidad de reconciliación y perdón en un país azotado por años de violencia política, narcotráfico e impunidad”. Francisco recibió a Santos con motivo de su visita al Vaticano para la canonización, el pasado 12 de mayo, de la religiosa Laura Montoya y Upegui, quien vivió entre 1874 y 1949, primera santa de Colombia. En la ceremonia de canonización, el Papa afirmó que ella fue un ejemplo de “concordia y reconciliación”.

Un mensaje de similar inspiración envió a los argentinos que, como es notorio, todavía arrastramos las secuelas de la guerra interior de la década del setenta y de otros enfrentamientos de menor intensidad que a lo largo de más de medio siglo han fragmentado a la sociedad hiriendo gravemente la pacífica convivencia, y malogrando la posibilidad de que de una buena vez emprendamos el camino hacia un genuino bien común, en unión y libertad.



El 20 de marzo, el Santo Padre dirigió a la Presidenta de la Nación Argentina una carta, para agradecer su presencia el día anterior en la misa de iniciación de su pontificado. Pienso que contiene una exhortación aplicable a todos los enfrentamientos internos que en las últimas décadas han sembrado en nuestro país semillas de odio y resentimiento.

En esa misiva dirigida a la Presidenta, el Papa Francisco expresó:

“Mientras le reitero mi gratitud por las palabras que me ha dirigido en estos días, quisiera encomendar a Nuestra Señora de Luján, celestial patrona de ese país, a todos los argentinos...” Y a continuación, en primer lugar, el Papa mencionó “a los que están constituidos en autoridad, para que busquen en el servicio su mejor aliado y trabajen infatigablemente por tejer lazos que afiancen la concordia, el diálogo, la reconciliación y el entendimiento entre todos;...”

Pienso, al citar estas exhortaciones pontificias, que entre los objetivos fundamentales de Francisco, figura la expansión en todo el mundo de actitudes que contribuyan a forjar un nuevo clima de paz, concordia, perdón y reconciliación que ayude a superar, paulatinamente, las secuelas de los graves enfrentamientos sociales y políticos, y de las guerras internas y externas que flagelaron al mundo a lo largo de las últimas décadas. Es un anhelo que muchos compartimos, pero que resulta difícil lograr que se afiance en pueblos y gobiernos. Quiera Dios que la prédica de Francisco promueva una revolución en las mentes y en los corazones para que ese impulso no se extinga y continúe desplegando su fuerza espiritual no sólo entre los feligreses de la Iglesia y de otras confesiones religiosas, porque la paz es un objetivo que deberían perseguir todos los hombres de buena voluntad.

Como lo dije al principio, a pesar de que la Ciudad del Vaticano se encuentra sujeta a la autoridad del Papa, Francisco no es simplemente un soberano temporal de un territorio pequeño. Es el sucesor de Pedro, Cabeza de la Iglesia, Obispo de Roma y Vicario de Cristo. No tiene para proponer a gobernantes y pueblos técnicas políticas ni económicas. Su jurisdicción es –como lo he destacado al principio– moral y religiosa. Quizá las cuatro primeras líneas de la célebre “Sencilla Oración” de su patrono, Francisco de Asís, sirvan para vislumbrar el programa que procurará llevar adelante durante su pontificado. Es bueno recordarlas para finalizar esta breve disertación:

*Señor: haz de mí un instrumento de tu Paz.*

*Donde hay odio, ponga yo amor.*

*Donde hay ofensa, ponga yo perdón.*

*Donde hay discordia, ponga unión*

## **Personalidad del orador**

Alberto Rodríguez Varela es abogado y doctor en Derecho y Ciencias Sociales graduado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeñó como profesor ordinario de Derecho Político, secretario académico, decano de la facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Rector de la Universidad de Buenos Aires. Es profesor emérito de Derecho Político en la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires (UCA). Fue profesor titular de Derecho Político e Historia de las Ideas Políticas en las universidades del Salvador y del Museo Social Argentino. Es miembro de número de las academias nacionales de Derecho y Ciencias Sociales y de Ciencias Morales y Políticas, miembro titular de la Academia del Plata y miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid y de la Academia Chilena de Ciencias Jurídicas, Políticas y Morales. Ha pronunciado conferencias, dictado cursos y publicado libros y artículos sobre temas históricos, jurídicos y políticos.